

¿Existe una literatura hispanoamericana?

Escribe: JOSE SANCHEZ-BOUDY

De ilusión también se vive. Y de ilusiones, de escapar de la realidad, vivieron muchos de nuestros mártires y tantos de nuestros patriotas.

Bolívar, que se atrevió a desafiar a la naturaleza, soñó —porque era, entre otras cosas, un gran soñador— en una mancomunidad hispanoamericana.

Martí Hostos y Sarmiento, han sido llamados hombres de América, lo que entraña un positivo error: el identificarlos con algo que no existe como totalidad, como unidad. América no es más que un patrimonio, pero no una cohesión ni de historia ni de razas ni de voluntades.

En la historia sus pueblos han caminado senderos diferentes e ideas antitéticas movieron las voluntades independentistas de los miembros del continente. Contrástese Venezuela y Argentina. “En Venezuela —ha dicho un historiador— donde se proclamó prematuramente la primera república hispano-americana era donde gozaban de mayor predicamento las ideas revolucionarias francesas” (1). Argentina era todo lo contrario. “Pero la idea de la independencia —afirma el propio André— no acompaña la de la república. Buenos Aires quiere un rey, un Borbón ante todo. La primera candidatura fue la de la infanta Carlota, presentada por Belgrano; la última, la del príncipe de Lucques. Se hubiese preferido un Borbón de España, pero Fernando VII opuso una negativa rotunda a toda tentativa de negociación.

Por otra parte, el gobierno inglés declaró que no aceptaría como nuevo rey de los nuevos estados sino a un príncipe no español. No quedaba otra salida que la de la república, pero fueron precisos diez años de complicaciones, diligencias y fracasos, en torno a las cancillerías europeas para que los estadistas de Buenos Aires se decidieran a proclamarla” (2).

Las mismas colonizaciones fueron diferentes y diferentes el desarrollo y formación de las nacionalidades. Brasil fue emergiendo con sus peculiaridades —porque el portugués y el jesuita le dieron la fisonomía de su concepción de la vida y de sus ideas— distintas a las del Perú por

ejemplo, u otra parte del hemisferio. El bandeirante y el cura que comienza a catequizar niños indígenas —tan estupendamente descritos por Stefan Zweig en su obra *Brasil, país del futuro* (3)— nada tienen de semejante con el prelado limeño o azteca más ávido de conquistar oro que de evangelizar indios.

No es de extrañar, pues, que Ricardo Sáenz en el prólogo del libro *Casa grande y zenzala* refiera que ya en 1888 el sociólogo Romero había dicho: “que Brasil es la historia de la formación de un nuevo tipo” (4).

Ni existe Hispanoamérica ni Iberoamérica, ni América India en la forma que se le ha tratado de concebir hasta hoy, en la forma de una hermandad. La historia —no solo la del inicio de las repúblicas como hemos visto— sino la que vino después, se ocupó de negar tal patraña. Los días cargados de sucesos que afectaban a todo el continente demostraron la no solidaridad de los hombres de América.

De ahí que el largo peregrinaje de puertorriqueños y cubanos buscando la ayuda de Bolívar y otros patriotas suramericanos para libertar sus patrias no encontró acogida favorable, a pesar de lo sencillo que hubiese sido sacar del continente los restos de un imperio carcomido por la torpeza de los reyes y la falta de inteligencia de los válidos. Y Cuba, por ello tuvo que luchar sola, arrasando la tierra, un siglo, antes de conquistar su libertad. Vivió aislada del resto de latinoamérica, por obra y gracia de pretendidos hermanos, que ya en 1822, habían logrado, por circunstancias que no gozó la Perla de las Antillas, liberarse de España.

Lo que llamamos América no es más que un amasijo de razas, sicologías y culturas. Salvador de Madariaga ya lo enseñaba en su ensayo sobre la hispanidad (5), y otros escritores llegaron hasta desmembrar el continente en zonas. Y es que sabían el terreno que pisaban.

Baldomero Sanín Cano indicaba estas divergencias en su ensayo titulado *¿Qué cosa es la hispanidad?* Decía: “que las costumbres, tradiciones, idiomas, esperanzas, religiones y sensibilidad de los indios y españoles eran tan distintas que no parecía posible hallar entre unos y otros bases de entendimiento” (6).

No es pues lícito tratar a América como una unidad ni pensar que los latinoamericanos confrontamos problemas comunes, ni decir como F. de Lequerica que “los americanos son los más directos descendientes de los conquistadores, es decir de la parte más aguerrida de la raza” (7). Porque no todos lo son.

Nuestra problemática es diferente, país por país, porque todos somos diferentes, porque todos tenemos nuestra historia, porque las ideas que tenemos de la existencia son contradictorias. Muchos factores, como se ve, han contribuído a evitar que estas tierras tengan un alma colectiva, pero tal vez los más ocusados son la forma en que se llevó a cabo la conquista, las culturas indias encontradas por el hispano a su llegada y la diversidad de razas aborígenes que poblaban las tierras del Nuevo Mundo, razas distintas en lenguaje, costumbres, en fin, seres que la naturaleza separó los unos de los otros.

Hay que oponerse también al dicho de que América es exclusivamente española, cuando lo cierto es que es afro-europea, india en algunas partes, pero sin que haya puntos de contacto entre las diversas razas aborígenes, por ejemplo, entre un inca y un maya. La raza aborígen no ha cambiado desde la llegada del conquistador hispano. Sigue pensando en sus dioses, sigue con su idiosincrasia, refractaria a la civilización. Ya sabemos que algunas veces por las armas, otras abroquelándose en sus usos de siglos, opuso tenaz resistencia al recién llegado. Y no fue vencida jamás. Y si sus mujeres se unieron a los Pizarros y Corteses, la descendencia es de alma india, de ancestro indio, aunque en el exterior presenten las facetas de la cultura española. La pintura de Diego de Rivera y de Siqueiros es buena muestra de ello.

América es, además de india, afro-europea, recalcamos. Puerto Rico y la República Dominicana dan los ejemplos típicos de la mezcla del español y el negro traído del Africa. Brasil también entra en esta categoría.

Otros países son netamente europeos: Chile, la Argentina, Cuba, donde las minorías raciales africanas o indias viven separadas del blanco, sin maridaje con el mismo, y no han dado lugar ni al tipo brasileiro ni al llamado "trigueño" puertorriqueño.

¿Qué afinidad puede haber, pues, entre la Perla de las Antillas, poblada por españoles, sin mestizaje ostensible —pues los criollos y sus progenitores no se mezclaron con el negro y mantuvieron, siempre una honda segregación racial— con Bolivia o con Méjico, por ejemplo? ¿Cómo puede compararse a un cubano, de cultura europea o un argentino o un chileno con un mejicano, que fue azteca y sigue siendo azteca, dominado por un odio atávico hacia las naciones blancas del continente, hacia los *gachupines*, hacia toda forma de cultura que no sea india, y que grita una pretendida superioridad cultural con el lema de "Méjico es el camino"?

¿Cómo puede compararse a un chileno con un mejicano, que tiene en el hondón del alma la huella de la destrucción de la cultura azteca por el conquistador español y que desprecia la vida, jugándose a cada instante poniendo de manifiesto una característica, netamente, indígena? (8).

¿Cuál es la similitud social, de que hablaba Tarde, entre un boliviano del altiplano, destrizado por la coca, y un indio del Perú, con una tradición de cultura y del señorío que señaló al imperio Inca?

No hay una literatura hispanoamericana como existe, por ejemplo, una literatura española; hay, por el contrario, varias literaturas hispanoamericanas. Y es natural, la literatura española se forja en una gesta común y responde a un estado anímico colectivo, porque sobre las regiones españolas, sobre las diferencias nacionales está el alma de España. Pero en América no hay un alma americana, sino un alma tica, un alma cubana, un alma boliviana, un alma argentina. Hay pues una literatura mejicana, chilena, peruana, etc.

De lo más que se puede hablar, como unidad —es de una literatura india— si nos referimos al folklore de esa desdichada raza y nada más (9).

Pero fijemos barras en este ensayo. Solo vamos a hablar de la novela, y de una temática; la naturaleza, pues sobre ella se ha centrado toda la urdimbre de pensamientos en torno a la novelística hispanoamericana, se ha hecho de ella el meollo del pensamiento del escritor hispanoamericano en todos los parajes del globo y principalmente en Europa donde la imaginación, con la distancia, se exalta y sueña con pueblos americanos vestidos aún con el ropaje colonial, de ingenios azucareros, de indios, de negros sudorosos, de haciendas gigantescas (10). Pero si la indagación que haré se llevara a la poesía habría que arribar a los mismos resultados pero con una nota eminentemente peculiar: que mientras la selva sirve de marco a la literatura de escasos países de América, aquellos que la poseen en demasía —aunque tratado como algo nacional— en la poesía no tienen puntos que la unan. Aquí las distancias son más enormes. Y si vamos al teatro, también son enormes precipicios los que separan a las nacionalidades continentales. Eso sin contar que fuera de la Argentina que puede mostrar grandes realizaciones en ese campo en el siglo pasado y “donde se va al teatro obedeciendo a un instinto vital a una necesidad orgánica” (11), en los demás países de América el teatro nacional está en la infancia (12).

Guillermo Díaz Plaja ha tratado de encontrar un aire de universalidad en el canto, en el culto a la naturaleza que caracteriza a muchas obras de distintos autores de América Latina. Ha dicho, este prestigioso profesor y erudito español, que “hemos establecido, pues, lo que pudiéramos llamar la raíz espiritual de todo arte que se presenta o se produzca en las tierras de América una suerte de panteísmo místico, exaltador de todas las fuerzas y de todas las formas de la naturaleza” (13). Pero se equivoca el finísimo ensayista. Esa evocación de la naturaleza, como es la selva o el llano, podrá encontrarse principalmente, en la literatura colombiana o venezolana y no en otras. Ya sabemos, que en *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, el malogrado novelista, la llamó “esposa del silencio, madre de la neblina y de la soledad”, y que en ninguna obra latinoamericana hay el vigor descriptivo de la selva como en la novela citada, pues en *María*, si también es formidable la descripción del río y de lo selvático, no se siente el hombre tan devorado por la naturaleza como en *La vorágine*. En las demás literaturas americanas y recuérdese —para no incurrir en lamentables errores— que América no es una, sino varias; el elemento natura no adquiere ni la grandilocuencia ni la fortaleza que en Colombia o en Venezuela, donde el llano ha fascinado con su fortaleza y su misterio, a los escritores, y también por haber jugado una página decisiva en la epopeya nacional.

Argentina cantará a la pampa —naturaleza por supuesto— pero las vicisitudes nacionales la harán virarse hacia otro tipo de literatura, y la pampa, más que reminiscencia de la naturaleza, quedará como génesis de costumbres y de un tipo nacional.

En *Don Segundo Sombra*, de Guiraldes, la mejor novela gauchista argentina, esa es la tónica. Y esto que sigue nos luce muy importante: el argentino va a mirar a la pampa como algo de segunda, no de primera en la literatura; como algo accesorio y no principal. *Facundo*, de Sarmiento,

va a dar la tónica de la literatura que regirá el pulso de la nación y que se encargará de engarzar con la formación estructural de la nacionalidad argentina. El malón, el payador, son tipos pintorescos, no se olvidarán pero interesará más una novela a lo Gálvez, histórica, un relato a lo Mármol, como *Amalia*, que la evocación de la naturaleza.

Los tiempos terribles de la dictadura de Rosas, el gaucho salvaje, el de la pampa ruda, como dice el verso, el gobernante "que ató a la cola de su caballo. Los códigos, las palmas y el pabellón de la república" (14), los amores de Eduardo y Belgrano, *El matadero*, de Echeverría, son el meollo fundamental de la literatura argentina (15), porque son las que relatan los sucesos que duran, que dan vida y contorno a la nación, porque hablan entre otras cosas del caudillaje, que pesará más que la pampa, más que nada sobre la vida de la nación.

Vuelvo a repetir, a fuer de lucir molesto: *Martín Fierro*, de Hernández será el cenit de la poesía gauchesca, pero no la evocación pan-teística y mística de la naturaleza.

No será, pues, la literatura argentina, un florilegio de angustia ni de tristeza, ni se verán sus protagonistas envueltos en el aire de la coca que todo lo destruye, ni sentirán la misma partiéndole el alma, ni el socavón de angustia chupándole la savia nacional, ni oirán la dinamita volar en pedazos la veta del mineral, del estaño fatídico, del estaño de los barones (16). Si el argentino mirara siempre en su literatura, a lo que le es raizal, a la estructuración de esa cultísima nación, la temática boliviana —distintamente— se volcará sobre las miserias de los cholos o de los mineros, sobre la vida de los altiplanos, sobre la explotación del embrutecido aborigen, sobre las galerías subterráneas donde aflora el estaño maldito. No le interesará la selva, ni la formación de la nacionalidad —al boliviano— ni los árboles ni las lianas, ni el río, aquella "descripción agotadora y antinovelista" de Jorge Isaac tan grata al alma de Efraín (17), ni los ramajes, ni las tempestades y ondas de las corrientes del Orinoco: la literatura de Bolivia lleva una marca indeleble: el indio y el estaño. ¡Qué diferentes estos bolivianos de sus hermanos comarcales!

Guatemala por su parte, mirará para su banano, que constituye la riqueza de la nación. Que importa el volcán, ni el paisaje triste. Lo que importa es el banano, la masa social que se mueve alrededor de su cosecha, los sinsabores de los trabajadores bananeros. La novela coge estos derroteros, y aun más en los tiempos que corren. Miguel Angel Asturias y sus congéneres nos dan el rasero con qué medir a todos los demás novelistas guatemaltecos: este es social, eminentemente, profundamente, descarnadamente social.

De ahí que en *Viento fuerte*, una de sus novelas, escriba: "Tierra para tragar gente... acotaba Lucero. Y él sí lo había visto; fue de los que llegaron cuando todo estaba por hacer". Y la seguirá tragando pensaba, mientras discutía con los caporales la forma de conseguir braceros, porque si no la cosa, la cosa iba a estar más que fregada. Ya el año que pasó se la vieron a palitos a causa de eso. Si la fruta se madura muy rápidamente, como hay que cortarla verdonga, pues sencillamente se pier-

de por falta de suficientes brazos para el corte. Y unos mil, o dos mil, o tres mil, o cinco mil, o diez mil racimitos que se pierden. Así eran las cuentas en las pérdidas como en las ganancias en la Tropicaltamera, como se llamaba a la Tropical Platanera S. A. El jocicón Torres fue el último caporal. Y con la misma vino...

Gente. Saliera de donde saliera. Porque si no las consecuencias...

“Más hombres, más hombres”...

Los trenes pasaban cargados de gente. A trabajar a la costa. A trabajar a la costa...

Y si en *La Vorágine* se los tragó la selva, en *Viento fuerte* es la bananera la que traga sin hacer distingos entre categorías de hombres: “Toda la familia Lucero y las familias de Cojubul y Ayuo Gaitán, ya listas para el entierro acompañaron los cadáveres... En la misma camilla en los que trajeron a Semíramis, los llevaron al tren... El tren se fue despacito, rodando sin hacer mucho ruido, por un cementerio de bananales tumbados, tronchados, destrozados”...

Para Cuba la tragedia no estará en la maraña de lianas, ni en el dolor del cauchero sino en el cañaveral. No le Interesará a *La Gran Antilla* el sudor del machetero, sus tribulaciones, el tiempo muerto; le interesará el amargor —triste paradoja— que brota de lo dulce.

Luis Felipe Rodríguez, un gran cuentista, con su “sentido recóndito de la sonoridad verbal” (18), lo refleja en sus cuentos de *Hormiga loca* donde “los hombres han devenido cosas sosas que deben andar —como las carretas— un trayecto entre el corte y la estera y describir —como las mochas— su órbita previa en el aire caliente” (19). Y lo refleja en Agustín Acosta en cuyas obras “es de capital importancia la clarinada patriótica de hondo sabor nacionalista” (20) en el chirriar de las carretas cargadas de cañas. No canta la literatura cubana por consiguiente a la naturaleza. Fuera de Heredia no se encuentra nada que la recuerde en la forma que la concibe por ejemplo *La vorágine*, —pues la poesía titulada *Oda a la piña*, de Manuel Zequeira, ni *La flor de la caña*, de Plácido, se pueden engarzar dentro de la concepción cuyo redañó es la naturaleza violenta, con su fuerza bruta y hercúlea.

Huazigungo del comunista Icaza, no hablará en descripción maravillosa, de paisajes viriles y grandiosos. Y es natural. Ecuador comparado, digamos, con sus vecinos, es otro mundo, otros caracteres. Allí hay otros problemas, distintos todos, a los que confrontan las demás tierras indoamericanas. Allí el indio es una bestia uncida al latifundio, trabajando de sol a sol en un mundo medieval, con un horizonte que no se abrirá en tierra de futuro. El yugo esclavista seguirá a través de los días sin que se vislumbre la esperanza. Icaza, tan desaliñado en la forma como señala Rioseco (21) recogerá pues los elementos que le da su mundo ecuatoriano. ¿Qué le importan a él los payadores, o los caudillos argentinos, o si el obrero cae desde lo alto de las cumbres bolivianas? Ese no es su problema. El suyo es el del indio, el de la indiada despreciada, esclava, analfabeta, el del huasipunguero “sometido a un mecanismo infa-

mante de deudas que nunca se pagan y que lo hacen pasar toda la vida, trabajando, y por generaciones, en la tierra o en la casa del amo" (22).

Y, ¿existe América para don Rómulo Gallegos, el técnico de la novela, deslucido por completo cuando sale de su ambiente —Venezuela— como en el caso de *Una brizna de paja en el viento*? (hay que reconocerle, sin embargo lo bien que está calcaldo el lenguaje populachero cubano). No. Para él lo que cuenta es la visión del llano, de la que nos habla Picón Salas (23), del llano que dio valientes y libertadores, el llano —que es netamente venezolano— y no cubano, brasilero, boliviano, etc.; que es solo de ellos, de los venezolanos. Por eso de las páginas más bellas de *Doña Bárbara* es esta descripción del mismo: "llueve, llueve. Hace días no sucede otra cosa. Con los primeros días comenzó el retorno de las garzas. Aparecieron por el sur, hacia donde emigran durante el verano, sin que nadie sepa hasta dónde van y todavía estaban llegando las grandes bandadas. Ya el estero está lleno, porque el invierno se ha metido con fuerza. Un día asoma a flor de agua la trompa negra de una baba... Comienza la muda.

"El garcero es un monte nevado al amanecer. Llueve, llueve".

El llano ha cobrado vida en la prosa vigorosa, arriscada, valiente del novelista venezolano. El llano es el alma de Venezuela no el ánimo de América.

Por eso la palabra se hace poesía desde el inicio de la novela, por esa vertebración del hombre por el llano "un sol cegante, de mediodía llanero, centellea en las aguas amarillentas del Arauca y sobre los árboles que pueblan sus márgenes. Por entre las ventanas, que a espacios, rompen la continuidad de la vegetación, divísanse a la derecha, las calcetas del cajón del Apure —pequeñas sabanas rodeadas de chaparrales y palmeras— y a la izquierda, los bancos del vasto cajón del Arauca, praderas tendidas hasta el horizonte, sobre las versuras de cuyos pastos...".

Y la llanura, la sabana, lo típico de Venezuela está presente, siempre pujante:

"¿Y tú hija?".

"Pero Lorenzo con la vista fija en el horizonte de la llanura seguía murmurando".

"La llanura, la maldita llanura, devoradora de hombres".

El llano arranca a Rómulo admiración, fervores a su pluma:

"Es la vida hermosa y fuerte de los grandes ríos y las sabanas inmensas, por donde el hombre va siempre cantando ante el peligro.

"Es la epopeya misma. El llano bárbaro, bajo su aspecto más importante: el invierno que exige más paciencia y más audacia, la inundación que centuplica los riesgos y hace sentir en el pedazo de tierra enjuta la enormidad del desierto; pero también la enormidad del hombre y lo bien acompañado que se halla, cuando no pudiendo esperar de nadie, está resuelto a afrontarlo todo".

Y si hemos sido tan largos en la cita es porque el llano nos da una visión unitaria del hombre venezolano. Ya vemos qué equivocado andaba Max Scheler (24).

Alguna literatura de países sureños, donde tanto impera el paisaje, ha hecho que se crea en la unidad que no aceptamos. El que José Asunción Silva escriba:

*“Magia adormecedora vierte el río
en la calma monótona del viaje
cuando borra lo lejos del paisaje
la sombra que se extiende en el vacío.*

*Oculto en sus negruras el bohío
la maraña tupida, y el follaje
semeja los calados de un encaje,
al caer del crepúsculo sombrío.*

*Venus enciende en el espacio puro
la corriente dormida, una piragua
rompe en su viaje rápido y seguro*

*Y con sus nubes el poniente fragua
otro cual rosado y verde oscuro
en los espejos húmedos del agua” (25).*

El que la obsesión de la selva se halle en Quiroga: “desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque negro también”.

Adelante, a los costados, detrás, siempre la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calmada cobra una majestad única (26), no es indicativo de que haya una literatura latinoamericana.

Son simples coincidencias. El paisaje es muy igualitario en ciertas partes de América; pero los autores retratan “el suyo”. Quiero decir con esto que el paisaje se toma como cosa del país y no de América, que no es un hilo que una a los hombres que pueblan estas tierras. Fijémonos en Eulogio Palma y Palma, quien habla del paisaje, pero no del de América, sino del suyo: “la tierra yucateca sin estaciones, ni ríos, ni montañas, siempre es igual; cielo y mar y tierra forman un solo cuerpo claro y azul”. Juan Luis Tercero, en la novela *Nezahualpilló*, lo que describe es su paisaje, el del valle de Méjico. Cada autor tiene su nacionalismo, su coto cerrado.

Esto lo ha precisado, mejor que nadie, el novelista cubano Cirilo Villaverde en su prólogo a la novela *Cecilia Valdés*. “Reconozco —dice— que habría sido mejor para mi obra que yo hubiera escrito un idilio, un romance pastoril, siquiera un cuento por el estilo de *Pablo y Virginia* o de *Atala y Renato* pero esto, aunque más entretenido y moral, no hubiera

sido el retrato de ningún personaje viviente ni la descripción de las costumbres y pasiones de un pueblo de carne y hueso, sometido a especiales leyes políticas y civiles, imbuído en cierto orden de ideas y rodeado de influencias reales y positivas”.

Que equivocado andaba pues Carlos Alberto Erro, cuando creía que “el hombre de América es partícula activa, colaboradora del paisaje”.

Para hablar de que hay unidad en la literatura hispanoamericana se necesita una condición *sine qua non*; que sus autores se hagan las mismas preguntas, tengan las mismas indagaciones. Y esto no ha existido nunca, ni en política, ni en arte, ni en la literatura. Es más, en esta no hay ni temas comunes. En política —aunque se ha hablado por conveniencia de unidad, la cohesión ha parecido existir solo cuando los Estados Unidos la han mantenido con un liderazgo firme. Cuando este se ha debilitado, como en la hora presente, cada nación de América marcha por su lado. En cuanto al arte colonial, el Caribe carece de él. Argentina y Chile también. Solo en Méjico, Perú y otras naciones floreció. Y no hay simetría en él. El estilo mejicano difiere mucho del peruano. Los artistas criollos desde que se gestaba la nacionalidad no andaban hermanados.

En la Conferencia del Caribe se llegó a una conclusión que nos parece muy acertada para cerrar este ensayo. Se dijo que: “Un factor que debilita la identificación hemisférica es que dichos sentimientos limitan en gran medida a los grupos dirigentes de la élite (minoría). Las ideas de estos se proyectan contra un fondo de discrepancias políticas y sectores populares apáticos. Se acentúan las variantes entre los países a medida que la historia de cada nación fortalece la tendencia a la fragmentación latinoamericana por medio de conceptos y estilos culturales distintos” (27).

La existencia pues de una literatura hispanoamericana es otro de los grandes mitos del continente. Ya es hora de salirle al paso.

NOTAS

- (1) Marius André—*El fin del imperio español en América*, Barcelona, 1939.
- (2) Marius André—La misma obra citada.
- (3) Véase S. Sweig—*Brasil país del futuro*, Austral, Buenos Aires.
- (4) Gilberto Freyre—*Casa grande y zenzala*, Buenos Aires, pág. 24.
- (5) Salvador de Madariaga—*Hispanidad e indigenismo: ¿Qué pasa en Hispanomérica?*
- (6) Baldomero Sanín Cano—*El humanismo y el progreso del hombre*, Buenos Aires, pág. 225.
- (7) Marius André—Obra citada, pág. 14.
- (8) Samuel Ramos en su libro *El perfil del hombre y la cultura en Méjico*, indicaba que el europeísmo mejicano es artificial. Espasa Calpe, Colección Austral, B. Aires, págs. 66 y 67.
- (9) Y ni ahí es cierta, porque los folklores no muestran características comunes.
- (10) Y yo soy de los que creo que no se puede enjuiciar con pupila europea la realidad criolla como decía Díaz de Medina—*Cuadernos americanos*, marzo-abril 1953.
- (11) Baldomero Sanín Cano—*Ensayos*, Bogotá, 1942, pág. 12.

- (12) José Antonio Wilde nos ha relatado en páginas emocionantes lo que fue el teatro argentino—"Buenos Aires desde setenta años atrás, Buenos Aires", Espasa Calpe Argentina, Austral, pág. 34 y siguientes.
- (13) Guillermo Díaz Plaja—*Defensa de la crítica*, Barcelona, pág. 126.
- (14) Octavio Bunge—*Nuestra América*, Espasa Calpe, Madrid.
- (15) Con razón dice Germán Arciniegas que "en *El matadero* y *Amalia* está la historia argentina". Germán Arciniegas *Tres ensayos sobre nuestra América*, París, pág. 24.
- (16) La novelística argentina presenta grandes aires de intelectualidad.
- (17) Fernando Alegría—*Breve Historia de la novela hispanoamericana*, Méjico, pág. 46.
- (18) Max Henríquez Ureña—*Panorama histórico de la cultura cubana*, Puerto Rico, 1930.
- (19) Juan Marinello—*Literatura hispanoamericana*, Méjico.
- (20) Salvador Bueno—*Historia de la literatura cubana*, La Habana, 1954.
- (21) A. Torres Rioseco—*Ensayos sobre literatura latinoamericana*, segunda serie, México.
- (22) O. Antonio Díaz—*Análisis de la sociedad ecuatoriana*, Cuadernos, París.
- (23) M. Picón Salas—*Prólogo a Doña Bárbara*, Departamento de Educación de Puerto Rico.
- (24) Véase Francisco Ichazo—*Defensa del hombre*. La Habana.
- (25) *Paisaje tropical*.
- (26) Horacio Quiroga—*A la deriva. Cuentos de amor, de locura, de muerte*.
- (27) *Los Estados Unidos y América Latina*—*Conferencias del Caribe*, Universidad de Puerto Rico, 1960, pág. 102.